

110.- “Frutos”

Al acabar este curso y revisar nuestra marcha queremos examinarnos voluntariamente sobre los resultados de nuestro esfuerzo.

Sabemos que hay momentos de siembra y de esperanza y momentos de espera y de paciencia; pero también hay momentos en que hay que recoger la cosecha de lo sembrado y tampoco se puede pasar por alto recoger frutos y evaluar resultados.

Sabemos por el Evangelio que la eficacia del Reino no coincide muchas veces con nuestras formas de medir la eficiencia. Las parábolas de la mostaza, de la siembra, de la levadura nos indican el complemento entre nuestro esfuerzo y los resultados que Tú das a nuestra aportación.

Por eso lo queremos hacer con humildad, sin vanagloriarnos de resultados exitosos, ni deprimirnos por la falta de resultados; pero también con gratitud porque eres Tú, Dios Padre y Madre, quien da eficiencia a nuestros esfuerzos.

Reconocemos nuestros fallos y limitaciones, nuestra ignorancia en muchos temas para hacerlo lo mejor posible; pero creemos también en nuestra propia honestidad y confiamos en Ti, que sabemos que nos comprendes y nos perdonas mejor que nosotros mismos.

Eso no nos evita tampoco la exigencia de dar frutos, porque como nos dice Jesús, “por sus frutos los conoceréis”, o con el refranero popular, “obras son amores y no buenas razones”.

Al final de la vida seremos examinados del amor. Sólo importarán los resultados de ese amor a los demás, que Jesús se toma como hechos a sí mismo: cada vez que lo hicisteis o dejasteis de hacerlo con uno de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis o dejasteis de hacerlo.

Como seguidores de Jesús queremos pasar por la vida haciendo el bien y procurando aliviar el sufrimiento de la gente,

y trabajar por la liberación de las personas oprimidas y víctimas de tantas explotaciones.

Sabemos que no podemos solucionar los problemas del mundo, pero sí aportar nuestro grano de arena por un mundo mejor y empujar la historia humana en la dirección de tu Reino, que es que todas las personas tengan vida, vida digna y feliz.

Sabemos que nuestros pequeños esfuerzos apuntan y se orientan a esa plenitud que celebramos en esta acción de gracias, recordando los gestos y palabras de Jesús, cuando reunido con su gente, tomó pan, te bendijo, lo partió y lo compartió y repartió diciendo: TOMAD Y COMED, ESTO ES MI CUERPO.

Y la final de la cena, tomó la copa, y brindó ofreciendo su vida: TOMAD Y BEBED.

ESTA COPA ES LA SANGRE DE MI VIDA
DERRAMADA POR VOSOTROS
Y POR TODA LA HUMANIDAD PARA SU LIBERACIÓN.
HACED ESTO EN MEMORIA MÍA.

En su memoria y en su compañía
nos comprometemos a seguir su ejemplo y su enseñanza:
a compartir nuestro pan y nuestra vida
para que todas las personas puedan tener pan y vida con dignidad;
a transformar la realidad injusta que vivimos
en otro mundo posible y necesario,
donde las personas sean primero;
a proclamar la buena noticia de tu Reino
con signos de esperanza y liberación efectivas.

Así podremos un día brindar con gozo por lo que hoy celebramos:
que tu gloria es una vida digna para todos tus hijos e hijas,
para tu gran Familia que es la Humanidad,
hermanos y hermanas que se respetan y se quieren;
y que así sean felices. Amén.